

El sistema-mundo y América Latina. Dilemas teóricos y metodológicos de la teoría social latinoamericana

Jaime Osorio*

La tensión entre lo local y lo global es uno de los problemas más importantes a resolver en las ciencias sociales. En este trabajo el autor analiza las soluciones que la teoría social latinoamericana ha encontrado a este problema, así como los errores en que se incurre al privilegiarse a uno u otro polo de esa tensión. Además de poner en cuestión el holismo presente en los análisis de la globalización, así como la tendencia a estudios de "pedacería" social, en los que no es posible construir totalidades, el autor se aproxima a los debates en torno al carácter feudal o capitalista de América Latina y a la ausencia de referentes estructurales en los análisis políticos en la zona

En un libro reciente, Edgar Morin afirma que "el pensamiento simplificante es incapaz de concebir la conjunción de lo uno y lo múltiple (*unitas multiplex*)". Y agrega que ese pensamiento "o unifica abstractamente anulando la diver-

* Profesor-investigador del Departamento de Relaciones Sociales y docente del Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. El escrito que aquí se presenta es una versión corregida de las exposiciones realizadas en el Curso Internacional en Teoría Social, realizado en la Universidad Autónoma de Querétaro los días 26 y 27 de febrero de 1999.

unidad o, por el contrario, yuxtapone la diversidad sin concebir la unidad" (Morin, 1998: 30).

De manera sucinta, aquí se encuentra planteado uno de los problemas más serios de las ciencias sociales: cómo hacer análisis globales, análisis de la totalidad social, sin aplastar las unidades menores: lo micro, lo regional, lo local, a los individuos. Pero, a su vez, cómo considerar estos elementos en el análisis, pero reconstruyendo la unidad de lo diverso, el mapa en donde la dispersión alcanza sentido.

Las dificultades de integrar teórica y metodológicamente estos elementos conllevan en las ciencias sociales a dos modalidades de reduccionismos (o de "pensamiento simplificante", al decir de Morin) : una, que asume un sesgo holístico y globalizador, a un tipo de pensamiento "que no ve más que el todo" (*ibid*: 144).

Otra modalidad reduce las ciencias sociales y la sociología al pequeño relato de actores y contextos, a lo micro, a lo local, en donde lo que importa es lo diverso, lo particular, pero nunca lo que integra y organiza lo diverso y lo particular.

Las ciencias sociales (viejas y nuevas, modernas y posmodernas) se ven atravesadas por esas polarizaciones. En lo que sigue analizaremos los aportes de la teoría social latinoamericana –sus respuestas a los problemas de la caracterización del subdesarrollo y de la dependencia y su análisis de los procesos políticos– en el marco de dichas polarizaciones.

De totalidades y parcelas en el análisis del subdesarrollo

En nuestro paso por las aulas universitarias hemos escuchado en más de una ocasión que el análisis debe ser capaz de explicar el todo, debe ayudarnos a comprender la totalidad. Este es uno de los reclamos más recurrentes del análisis social: los enfoques holísticos son presentados así como una meta a alcanzar. Pero, como veremos de inmediato, no todo análisis holístico nos conduce a buenos resultados. Hay un holismo que termina oscureciendo más que aclarando. Debemos decir entonces que hay de holismos a holismos; de totalidades a totalidades.

La forma predominante como es asumida la globalización en los medios de comunicación y en la academia es quizá el mejor ejemplo en nuestros días de esta situación.

En su utilización más recurrente, la globalización remite a un discurso holístico en donde las partes de la totalidad pierden relevancia, con lo cual desaparece lo diverso y lo heterogéneo, predominando la homogeneidad. Se construye así una totalidad vacía: el mundo global.

La interdependencia se convierte en la clave de las relaciones en el mundo global. Su fórmula se sintetiza así: todos (naciones, regiones, individuos) dependemos de todos, y se ocultan –o se relegan a lugares secundarios– los problemas de jerarquizaciones y dominios.

El siervo depende del señor feudal, como éste depende del siervo. Hay aquí una gran verdad, pero ella debe ser conjugada con el hecho de que en esa mutua dependencia hay procesos de dominio y de explotación.

En el mundo globalizado existen grandes movimientos de información, de títulos bursátiles y de dinero, y desaparecen las expropiaciones entre naciones y el intercambio desigual. Estamos en un mundo donde el discurso dominante nos hace creer que todos pueden aprovechar las ventajas del mercado global. Es la homogeneidad lo que destaca. Las diferencias sólo son resultado de quienes aprovechan o desaprovechan aquellas ventajas.

En los análisis de los organismos internacionales se enfatizarán los grados de avance de los países en las soluciones globales, aquellas que permiten aprovechar las ventajas de la globalización: qué tanto se camina en la reforma del Estado, en la focalización de la pobreza, en las reformas a la educación. Pero nada sobre el papel específico de los países en el reparto y apropiación de la riqueza a nivel internacional.

Así desaparecen del horizonte de reflexión los procesos que han dado y siguen dando vida al desarrollo y al subdesarrollo, a centros y periferias, y todos aquellos procesos que propician no el desarrollo unificado del mundo, sino más bien su fragmentación y la ampliación de las brechas económicas y sociales entre naciones y regiones.

Pero así como hay un holismo que oscurece el análisis, también existe una mitificación del conocimiento parcelario, de la exhaustividad fragmentaria, que termina provocando los mismos resultados: oscurecer la realidad, aunque por otros medios. En este caso el estudio de lo diverso es lo que importa, borrando del escenario lo que organiza lo diverso. De esta forma nunca es posible una recomposición de las unidades

mayores, o sólo es posible en tanto realidad-caleidoscopio: piezas sueltas que recomponen tantas unidades como vueltas se den al juguete.

En otra versión de esta tendencia tenemos la idea de una suerte de recopilación de *pedacería social*, con discursos que se recrean detallando exhaustivamente algún trozo de realidad, pero olvidando el interrogante por el lugar en un todo mayor, o bien construyendo realidades-mosaicos por la vía de la sumatoria de la pedacería, pero con ausencia de una visión holística.

Lo uno y lo múltiple no terminan nunca de conjugarse. Lo que importa es la unidad, lo total, dirán algunos (el sistema-mundo o América Latina en su conjunto), en tanto otros enfatizarán que lo que importa es lo múltiple, lo diverso, lo particular (Guatemala, una provincia de Guatemala, un municipio o localidad de Guatemala), derivando en posiciones extremas que apuntan a enunciar una verdad pero que, al absolutizarla, la trastocan en su contrario y empañan así lo que pretenden aclarar.

Algunos de los primeros enfatizarán que América Latina es una unidad, y tienen razón, en tanto los segundos afirmarán que Argentina y Guatemala son muy diferentes, y también tienen razón.

El interrogante que sintetiza estas dos verdades y que no niega ninguna de ellas es aquel que se pregunta: ¿qué es lo que hace común a América Latina en el sistema mundial, y qué es lo que hace diverso a Guatemala y Argentina? Este interrogante, que permite entender procesos generales y situaciones particulares, es difícil de encontrar en nuestros días.

Porque no basta entender que la acumulación capitalista y el sistema capitalista caminan generando riqueza y pobreza. Ése ya es un gran avance. Se trata de entender en concreto cómo opera este proceso en momentos particulares y en espacios territoriales también particulares.

Aquí radica una de las razones del porqué son relevantes algunos planteamientos desarrollados por los investigadores que dieron vida a las teorías del subdesarrollo y de la dependencia en América Latina. Teóricamente permiten enfrentar el dilema de lo general y lo particular, de lo uno y lo múltiple, de lo nomotético y de lo idiográfico en el análisis.

A esto apuntan sus ideas de concebir el sistema mundial como una unidad, pero

como una unidad heterogénea, que genera en un mismo movimiento desarrollo y subdesarrollo.

Si es importante una visión de conjunto del sistema mundial, tan importante como lo anterior es la formulación de una teoría que dé cuenta de los movimientos particulares y de cómo se genera y se reproduce el subdesarrollo. En este campo nos encontraremos con visiones más descriptivas, como las que nos hablan de la heterogeneidad estructural, hasta las más explicativas, que formulan una síntesis de los movimientos del capitalismo dependiente en la idea de la superexplotación del trabajo.

En su afán por dar cuenta de situaciones específicas, los teóricos del subdesarrollo y la dependencia generaron categorías que hablan de economías de enclave y de control nacional. Para Cardoso y Faletto (1969) es necesario poner atención a los valores de uso que se producen, porque no es lo mismo producir carne o trigo, que azúcar o estaño, porque estas diferencias (ser una economía de enclave o de control nacional, producir carne o azúcar) propician modalidades diversas de capitalismos dependientes. Quizá las soluciones que nos ofrecieron esos intelectuales no nos parezcan suficientes, pero apuntaban en una línea teórica fructífera.

Pero la importancia de estas teorías se deriva no sólo de su postura epistemológica, sino también de las respuestas específicas que proporcionan. Destaco un aspecto en particular con el fin de mostrar la riqueza ahí contenida: hablaré de la propuesta de Ruy Mauro Marini (1973), para quien lo que define al capitalismo dependiente es la superexplotación del trabajo.

En un ensayo publicado hace algunos años (Osorio, 1997) he mencionado los equívocos que propicia la noción de superexplotación. Su nombre nos remite a la idea de más o mayor explotación. Y no es eso, sino una modalidad de explotación sustentada en la violación permanente, rutinaria, del valor de la fuerza de trabajo. En pocas palabras, aquel concepto busca dar cuenta de una forma de explotación en donde no sólo se expropia a los trabajadores de producto excedente (que eso es lo propio de cualquier explotación) sino, además, de una parte que corresponde a su fondo de consumo, necesario para su reproducción como trabajadores.

Este proceso fue el resultado de una modalidad de inserción de América Latina en el mercado mundial, en tanto región exportadora de alimentos y materias primas, en donde se producía poniendo énfasis en los mercados exteriores, con lo cual el capital latinoamericano no se vio enfrentado a la ardua tarea de tener que crear un mercado

interno para fortalecerse. Si en el siglo pasado producía alimentos como trigo, azúcar, carne o café, le bastaba y sobraba la demanda existente para el consumo de la población europea o estadounidense de esos bienes. No necesitaba del consumo de sus propios trabajadores. Si producía materias primas como estaño, salitre o plata, contaba con que las empresas europeas comprarían esas materias primas.

De esta forma, el capital en América Latina pudo tensionar al máximo la forma contradictoria como el capital enfrenta al trabajador en tanto productor y consumidor. Si en la primera etapa, en la productiva, el capital busca incrementar el excedente por la vía de extender la jornada, intensificar el trabajo o con bajas remuneraciones, en el momento que enfrenta al trabajador como consumidor desea que éste cuente con elevados recursos para conformar un mercado poderoso y así realizar la plusvalía. El capital latinoamericano vivió esta tensión sin problemas: podía explotar al máximo y apropiarse, además, de parte del fondo de consumo de los trabajadores, ya que éstos no eran parte sustancial del mercado para el cual se producía. Su problema entonces se redujo a lo siguiente: cómo generar mayor plusvalía sin tener que respetar el consumo de los trabajadores.

Pero el capitalismo del mundo desarrollado debía explotar y generar al mismo tiempo mercado interno. Por ello, luego de una etapa de prolongaciones de la jornada, de bajos salarios y de brutales modalidades de explotación de mujeres y niños, el capitalismo del mundo desarrollado se debió plantear el problema de otra manera: cómo generar mayor plusvalía incrementando al mismo tiempo el consumo de los trabajadores.

En la gestación de plusvalía relativa encontró la solución a este dilema. Era posible aumentar la canasta de consumo de los trabajadores por la vía de reducir el precio unitario de esos bienes, y aumentar el tiempo de trabajo excedente.

Estas distintas condiciones de producción y explotación darán origen a dos modalidades distintas de desarrollo capitalista. No es que nuestros capitalistas fueran malos y aquéllos fueran buenos. Las condiciones reales los enfrentaron a problemas distintos, a los cuales tuvieron que dar una solución adecuada.

Tras la crisis de ese modelo exportador, el primario exportador, y el posterior proceso de industrialización, la tendencia a explotar apropiándose del fondo de consumo pareció morigerarse. Pero muy rápidamente la fractura inicial se volvió a presentar, ahora en el seno de la propia industria y del mercado interno latinoamericano, con una abrupta

segmentación entre ramas que producen para el mercado interno de los asalariados y ramas industriales que producen para el mercado interno de alto consumo.

En nuestros días esta tendencia se acentuará, cuando las ramas que producen para el mercado interno alto comiencen a volcar parte sustantiva de su producción al exterior y den vida a un nuevo modelo exportador, que tiene como contrapartida una sustancial reorganización del mercado interno por la vía de reducir el consumo de amplias capas de la población asalariada.

Bajo el nuevo modelo exportador que hoy está en marcha, el capitalismo latinoamericano ha encontrado nuevamente una solución a sus problemas de mercados, ubicados primordialmente en el exterior, por lo que puede darse el lujo de acentuar las modalidades de explotación que afectan el consumo básico de los trabajadores.

Se afirma que en estos tiempos de mundialización no es posible la presencia de economías que no se abran al exterior. Sin embargo, habría que indicar que no todas las economías se vuelcan al exterior de la misma manera: *no es lo mismo crear una economía exportadora y reducir el mercado interno, como ocurre hoy en América Latina, que hacerlo y mantener o ampliar ese mercado interno, como ocurre en el mundo desarrollado. Tenemos aquí dos modalidades diversas de economías exportadoras.*

Bajo una modalidad de reproducción del capital tan rápidamente bosquejada, fenómenos como el desempleo, el subempleo, la posibilidad de contar con empleo y sin embargo mantenerse en la franja de la pobreza, el incremento de la pobreza y la desnutrición de elevados porcentajes de la población comienzan a tener sentido. El capitalismo dependiente es parte de un proceso mundial pero tiene particularidades en sus movimientos, mismas que deben ser desentrañadas. No basta el proceso general. Aquí reposan parte sustantiva de mis discrepancias con Wallerstein, quien menosprecia esta tarea (Wallerstein, 1990).

Tenemos entonces un capitalismo que, de manera permanente, articula franjas avanzadas de tecnología, productividad y consumo con enormes franjas atrasadas de pobreza. Lo moderno y lo premoderno van permanentemente entrelazados. En el campo político, el autoritarismo y los mecanismos patrimoniales se conjugan cotidianamente con la dominación racional legal, al decir de Weber. El capitalismo se imbrica de manera permanente con lo precapitalista.

El sistema mundial *versus* América Latina

Esta imbricación de elementos contradictorios plantea serios problemas de caracterización. Veamos un ejemplo para graficar mejor este problema. Remitámonos al viejo debate de los años sesenta en torno a si América Latina era feudal o capitalista entre los siglos XVI y XIX.

Las necesidades de incrementar la masa de metales preciosos, materias primas y alimentos llevaron a los colonizadores españoles y portugueses y a la oligarquía local, una vez independientes, a implantar modalidades serviles de explotación, así como a importar mano de obra esclava.

Para quienes miran el problema desde las necesidades del sistema mundial capitalista en ascenso, como Frank, Wallerstein y otros, América Latina es capitalista porque su producción favorece el avance de ese sistema a nivel planetario.

Pero para quienes miran el problema desde las relaciones de producción internas, como Laclau, Sempat Assadourian y otros, América Latina es feudal, o a lo menos precapitalista, por el peso que tienen las relaciones serviles y esclavistas en su interior (véase al respecto Assadourian *et al.*, 1973).

El problema de este diálogo de sordos deriva de mirar separadamente uno u otro aspecto: el todo llamado sistema mundial, o la parte llamada América Latina.

Una vía de solución es analizar los fenómenos de manera conjunta, de tal forma que aparece un problema paradójico: mientras América Latina pasa a jugar un papel clave para el avance y consolidación de una nueva organización reproductiva mundial, el capitalismo reproduce en su seno relaciones no capitalistas, modalidades atrasadas de explotación. Allí se conjugan de manera simultánea lo moderno y lo atrasado, lo autoritario y lo democrático. Se trata de explicar esta situación, pero no como una deformación que resulte de compararla con características económicas o políticas de algún modelo (generalmente del mundo desarrollado), sino como una forma original, particular de organización capitalista, distinta a otras formas posibles.

Esta paradoja no se logra ver si se tiene en frente simplemente el sistema global, pero tampoco se entiende si se tiene en frente sólo a América Latina, separada de los movimientos del sistema mundial en ascenso.

Junto a una teoría del sistema mundial capitalista es indispensable entonces una teoría del capitalismo dependiente. Esta perspectiva para reflexionar es uno de los puntos centrales que pusieron de manifiesto los teóricos del subdesarrollo y de la dependencia. Tanto por la manera de formular el problema como por las respuestas que intentaron dar al mismo, estos pensadores se han convertido en clásicos de la teoría social que abrieron horizontes de reflexión con enorme vigencia.

No deja de ser curioso que, mientras la perspectiva abierta por las teorías del subdesarrollo y de la dependencia ganaba y sigue ganando creciente vida en otras regiones (como ocurre con los estudios de Wallerstein), en América Latina estos paradigmas hayan sido relegados.

Vale la pena preguntarse qué fue lo que devino obsoleto, en caso de que así haya ocurrido. ¿No tiene sentido preguntarse por las especificidades del capitalismo dependiente? ¿No tiene sentido asumir las respuestas ofrecidas en torno a esas especificidades?

Todo indica que no sólo se abandonaron las respuestas, sino el problema mismo: las ciencias sociales latinoamericanas dejaron de interesarse por las particularidades del capitalismo dependiente, no sólo por las económicas, sino por todas. ¿Por qué ocurrió esto?

El proceso tiene muchas aristas, en donde los problemas internos de las teorías tienen algún sentido. Pero lo fundamental lo resumiría así: hubo cambios societales en América Latina –con un sesgo político conservador– que terminaron provocando profundas transformaciones en las comunidades científicas de las ciencias sociales. Nuevos paradigmas y nuevas modalidades de acercamiento a la realidad terminan por imponerse.

En esta verdadera oleada que recorre las comunidades científicas de América Latina (con matices diversos) desde mediados de los años setenta, se acentúan viejas rupturas, con caras renovadas. Esas viejas rupturas y sus nuevas caras son:

a) la ruptura entre lo micro y lo macro, donde ganan vida los estudios sobre lo local, lo microrregional o lo nacional, desligados de un marco interpretativo general;

b) la ruptura entre las estructuras y los sujetos, con énfasis en estudios sobre actores, en donde estos aparecen operando sin referentes a determinaciones estructurales, y

c) la ruptura entre política y economía, con énfasis en estudios en los que la política se explica a sí misma y tiende a cerrarse sobre su eje, rompiendo los puentes en particular con la economía.

Hagamos un paréntesis para evitar malos entendidos. No estoy diciendo que no son válidos ni necesarios los estudios sobre lo local, sobre los sujetos o sobre asuntos políticos. Lo que discuto es una forma particular de análisis desde esas perspectivas que establece una ruptura con los componentes que lo complementan: lo global, las estructuras, la economía.

Ahora bien, la ruptura no se da porque los estudios tengan que considerar de manera simultánea lo macro y lo micro, las estructuras y los sujetos, o la política y la economía. Esta integración no siempre es posible de manera simultánea. El problema remite más bien a la necesidad de que, en cualquier punto donde nos paremos, lo hagamos con categorías y desde una perspectiva metodológica que haga posible pasar a los otros niveles o dimensiones. Cerremos el paréntesis.

Las rupturas antes mencionadas terminaron por propiciar una aproximación particular a los problemas políticos al otorgarles un sesgo específico. Veamos algunos ejemplos de los sesgos que aparecen y cómo ellos terminan iluminando y oscureciendo algunas caras de la realidad.

Los sesgos en el análisis político

A comienzos de los años noventa, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) afirmó que era necesario convocar a una transformación productiva en América Latina que fuese al mismo tiempo propiciadora de mayor equidad (CEPAL, 1990). Las buenas intenciones de la propuesta no están en discusión. Todos tenemos derechos a dibujar utopías de mundos posibles. Pero las preguntas claves frente a tal planteamiento son las siguientes: ¿qué es lo que hace que el capitalismo latinoamericano sea y haya sido tan inequitativo a lo largo de su historia?, y ¿dónde están los empresarios latinoamericanos dispuestos a realizar una transformación profunda de la producción y que, al mismo

tiempo, se muevan en la dirección de propiciar una mayor distribución del ingreso y mayor justicia social?

Si nos atenemos a los datos de la realidad, todo indica que ésta camina en dirección contraria a las buenas intenciones de la CEPAL¹: ¿qué hace que el capitalismo latinoamericano genere tanta pobreza y, al mismo tiempo, riquezas tan elevadas, al grado que muchos empresarios de la zona aparezcan en la lista de los mayores millonarios del planeta?

Mientras no se responda a estos problemas, CEPAL puede suponer una conducta de los empresarios que poco o nada tiene que ver con su conducta real. Y esa conducta real tiene una historia, está definida por parámetros específicos. Si hacemos una encuesta seguramente nos encontraremos con que un elevado porcentaje de empresarios nos responderán que ellos sí quieren una sociedad más equitativa. ¿Qué es lo que los hace moverse en otra dirección? ¿Falta de información?, ¿alguna modalidad de esquizofrenia?, ¿procesos reales y objetivos que imponen conductas sociales?

Parto de este ejemplo porque es el mismo tipo de problemas que se presenta en los análisis políticos: se supone que hoy los empresarios, o las clases dirigentes en general, quieren democracia. ¿Y qué nos dice la historia?, ¿qué nos dice el análisis de su conducta histórica?; ¿qué podría llevarlos ahora a modificar sus conductas anteriores?

La pregunta de fondo, que reclama respuesta, puede ser formulada así: ¿dónde están las raíces que explican la permanencia y persistencia de órdenes políticos autoritarios en América Latina? ¿Dónde están las raíces que explican la fragilidad de los órdenes políticos democráticos en esta parte del continente?

Si nos atenemos a lo que se afirma en muchos estudios, uno de los problemas en la materia se ubicaría en la ausencia o debilidad de una cultura política democrática, por lo que bastaría con que inculcáramos dicha cultura para que los actores con capacidad de decisión descubrieran las maravillas de órdenes políticos en los que el consenso y la democracia fueran el pan de cada día.

Pero, ¿es verdad que son tan iletradas en la materia nuestras elites, nuestras clases dirigentes, nuestras clases políticas, nuestras clases empresariales? Me temo que el

¹ Para 1994, la CEPAL calculaba que 209 millones 300 mil personas en América Latina se encontraban en la pobreza. Véase CEPAL, 1996: 20.

problema no radica en esto. Sartori, Bobbio, Lechner y O'Donnell son autores de libros de cabecera de la clase política y de los intelectuales orgánicos del poder en Latinoamérica, para no hablar de su conocimiento de los autores clásicos.

En los estudios de la política hay una ausencia de referentes estructurales. De allí que se supone que los actores pueden moverse a su libre arbitrio. Basta educarlos para que alcancen una nueva cultura política y esto, a su vez, se reflejará en nuevas conductas sociales. Hay aquí un voluntarismo que peca de una gran ingenuidad.

Tenemos entonces una modalidad de análisis político que no tiene piso, que adolece de referentes estructurales, signo de las rupturas antes mencionadas.

Los vínculos entre lo macro y lo micro, lo estructural y los actores y entre economía y política abren horizontes de reflexión importantes. Veamos el siguiente problema para confirmarlo: no deja de ser paradójico que parte sustantiva de los actuales procesos llamados *de democratización* en América Latina se desarrollen en momentos en que se asiste a procesos económicos que han implicado la marginación del mercado o la degradación en ese mercado de importantes franjas sociales. Allí están las estadísticas sobre pobreza, derrumbe de los salarios y otras.

Así tenemos que caminan de manera simultánea procesos económicos excluyentes que marginan, con un proceso político, la democratización, que en el imaginario colectivo y en su propuesta convoca a la inclusión, a la incorporación, a agregar.

Vale la pena preguntarse: ¿cuánta pobreza admite la democracia?, y ¿cómo puede construirse y fortalecerse un orden democrático, un orden consensuado, sobre sociedades tan fracturadas socialmente como las que hoy construye el capitalismo latinoamericano?

Esta convivencia simultánea de procesos contradictorios (una economía que excluye, frente a una política que convoca a la inclusión) sólo puede producirse en el corto plazo, pero no es difícil entender que tiene enormes dificultades de sobrevivir en el mediano y en el largo plazo.

En esos plazos podemos decir hipotéticamente que frente a aquella convivencia caben dos alternativas: o la economía deja de excluir y marginar e incorpora, o bien la política deja de incluir y excluye también, ya que debe existir alguna correspondencia entre esas dos esferas de la actividad social.

Tengo la sospecha de que será el campo de la política el que terminará excluyendo y que, por lo tanto, la economía continuará manteniendo su sesgo marginador. Si esto es así, la democracia que alcanzaremos (en caso de que sea democracia) será muy particular y puede presentar, en términos generales, los siguientes dilemas:

- generar órdenes políticos en los que se excluya a quienes reclaman la solución a problemas de orden económico (algo así como una “democracia de la oligarquía”, en la que sólo pueden participar en política los que tienen algo que perder, por lo que se restringe la ciudadanía a los que tienen alguna modalidad de riqueza);
- o generar órdenes políticos en los que se amplíe la ciudadanía, pero se establezcan límites claros a la participación ciudadana a efecto de que la política no toque, o toque lo menos posible, el curso de la economía.

El primer escenario es difícil que se presente, porque los tiempos no están para restringir los padrones electorales sólo a los que tienen riqueza. La segunda forma parece la más plausible: que se avance en la ciudadanía, que se procure que todos estén inscritos y que todos voten; que se avance en la sofisticación de la ingeniería electoral para contar los votos.

Pero, al mismo tiempo, que la economía no sea objeto de discusión, que no se politice la economía, o si se convierte en tema de debates electorales, que quede sólo en eso, en instrumento para ganar votos; que se pongan candados políticos e ideológicos para que las decisiones económicas fundamentales no sean alteradas (por ejemplo, que la banca central opere como un *supragobierno*).

Creo que este camino ya se encuentra en marcha. Por ello, junto a los procesos que apuntan a la politización de la población, se hacen presente tendencias en sentido contrario, que apuntan a lo que he llamado “la despolitización de la ciudadanía”².

Allí operan procesos como la construcción de “mayorías volátiles”, que se construyen rápidamente y permiten ganar elecciones, pero que desaparecen con igual rapidez, lo que propicia que, a los pocos meses de haber sido elegidos, muchos gobiernos no cuenten con respaldo ciudadano y, a pesar de ello, puedan volver a reelegirse constru-

² Este tema lo he desarrollado en Osorio, 1997.

yendo nuevas mayorías volátiles, para volver a ser repudiados a los pocas semanas de gestión.

Allí está la multiplicación de consultas electorales y una politización electoral que no termina de incidir en los grandes problemas de la población, como la afirmación de que la democracia no puede (ni tiene que) resolver los problemas de la pobreza.

Allí está también la apropiación de la gran política (aquella que decide sobre los grandes problemas de la nación) por parte de círculos restringidos de los gobiernos, lo que tiene como contrapartida la expropiación de la política a la población: las decisiones sustantivas no son objeto de consulta nacional y se toman en esos círculos restringidos.

En estos contextos, es difícil que la democracia pueda ser algo más que un asunto de fachada, como esos escenarios creados para las películas en los que lo importante es el efecto visual, porque detrás sólo hay tablas que afirman los montajes escénicos. Lo procedimental tiene que reforzar su presencia, porque al fin y al cabo se trata de mantener consultas electorales para fines de legitimación, pero no para cambiar el curso de las sociedades.

Que el voto no contamine la economía. Que quede reducido al campo de la política y, además, a un aspecto sesgado de la política, a la política en su dimensión horizontal, donde se privilegia la visión de igualdad ciudadana, allí donde cada cabeza es un voto y se sustenta el imaginario de que un voto es igual a otro voto.

Así, la dimensión vertical de la política, la del dominio, queda relegada o francamente olvidada. Y tiene sentido, porque esa dimensión comienza a mostrar que un voto ya no es igual que otro, que hay votos que valen más que otros, o que hay mecanismos en los sistemas políticos que hacen posible que la opinión o la presión de grupos tengan mayor peso que muchos votos.

Esta situación se hace ostensible cuando se introduce en el análisis el problema económico de que existen ciudadanos que son porteros de *Telmex* frente a ciudadanos que son dueños de esa empresa, y que los intereses y las posibilidades de unos y otros de hacer política y velar por sus intereses difieren radicalmente. *Pero introducir estos problemas es romper con el velo legitimador que cumple la actividad política cuando es asumida como actividad entre iguales: como una actividad entre ciudadanos.*

Regresemos a los problemas de la teoría social latinoamericana y preguntémonos por su futuro.

Creo que hay que retomar el reclamo de la Comisión Gulbenkian en su llamado a “abrir las ciencias sociales” (Wallerstein, 1996). Esta apertura, a mi parecer, debe propiciar el fin de las fracturas existentes entre los enfoques macrosociales y los microsociales, entre los análisis que privilegian las estructuras y los enfoques que privilegian los sujetos; debe romper con la camisa de fuerza de una conceptualización disciplinaria que cierra el paso de una a otra disciplina en ciencias sociales y que en lo particular desliga la economía de la política y la política de la economía.

Esto implica una *re teorización* y posturas metodológicas que rechacen por igual las dicotomías actuales: ni el holismo, ni la sumatoria de pedacería social, ni los determinismos absolutos de las estructuras, ni la simple voluntad de los sujetos, ni ninguna disciplina social que se niegue a dialogar con las demás.

Es en estas fronteras donde las ciencias sociales y la teoría social latinoamericana tienen mucho que decir.

Bibliografía

Assadourian, C.S., et al. (1973), *Modos de producción en América Latina*, Córdoba, Cuadernos Pasado y Presente, núm. 40.

Cardoso, F.H. y E. Faletto (1969), *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo Veintiuno Editores.

Comisión Económica para América Latina, (1990), *Transformación productiva con equidad*, Santiago.

_____ (1996), *Panorama social de América Latina 1996*, Santiago.

Marini, Ruy Mauro (1973), *Dialéctica de la dependencia*, México, Editorial Era.

Morin, Edgar (1998), *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Gedisa.

Osorio, Jaime (1996), "Actualidad de la reflexión sobre el subdesarrollo y la dependencia", en Marini, Ruy Mauro y M. Millán, *La teoría social latinoamericana*, México, Ediciones El Caballito/Universidad Nacional Autónoma de México.

_____ (1997), *Despolitización de la ciudadanía y gobernabilidad*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

Wallerstein, Immanuel (1990), "Análisis de los sistemas mundiales", en Giddens, A. y J. Turner, *La teoría social, hoy*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Alianza Editorial.

_____ (1996), *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo Veintiuno Editores.